

JOSÉ IGNACIO RODRÍGUEZ HERMOSELL

TIERRA RICA Y CALIENTE

PROYECCIÓN E IMAGEN DE LA EXTREMADURA RURAL
EN LOS AÑOS 30

JUNTA DE EXTREMADURA
Consejería de Cultura, Turismo y Deportes
MÉRIDA, 2023

COLECCIÓN LA MEMORIA

©José Ignacio Rodríguez Hermosell

© de esta edición:

JUNTA DE EXTREMADURA

Consejería de Cultura, Turismo y Deportes

I.S.B.N:

Depósito Legal:

Ilustración de portada:

*“El campesino extremeño”, Santos Yubero o Benítez Casaux,
agosto de 1936. Archivo Regional de la Comunidad de Madrid,
Fondo Santos Yubero, sign. 43564-3.*

Maquetación: ARTGRAFEX

Impresión: GRAFICAS REJAS

Sería difícil decir qué provincia española es la más pobre. (...) Y, sin embargo, me parece que aún es más pobre la vasta y triste Extremadura.

Extremadura no es ni Cáceres ni Badajoz. Toda Extremadura es una aldea. (...) Estas aldeas están pobladas de labriegos. La tierra pertenece a distintos marqueses y condes, que viven en Madrid o en el extranjero.

ILÍA EHRENBURG: *España, República de Trabajadores*. Capítulo XI, “Extremadura” (1932)

¡Alabemos a Dios, que ha hecho rica a Extremadura! (...)
Extremadura es rica..., pero para los ricos.

CÉSAR M. ARCONADA: *Reparto de Tierras* (1934)

...se entraron en Extremadura, por ser tierra rica y caliente.

MIGUEL DE CERVANTES Y SAAVEDRA: *La gitanilla*, *Novelas Ejemplares* (1613)

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| Prólogo. La imagen de los desposeídos | 11 |
| Introducción. Para todos tiene la vida una mirada | 17 |
| Louis Fischer, Jay Allen y los yunteros de Barcarrota (abril de 1936) | 21 |
| Nochebuena en Campo Lugar (<i>El Socialista</i> , diciembre de 1933)..... | 41 |
| <i>Reparto de tierras</i> junto al Tiétar: el naturalismo de Arconada sobre los campesinos del nordeste cacereño | 53 |
| El <i>Romance de Zorita</i> y la lavandera que iba a ser ingeniero..... | 67 |
| El idilio entre la prensa francesa de izquierda y el campo extremeño: las misteriosas fotos de <i>Chim</i> para <i>Regards</i> (mayo de 1936) | 81 |
| Iconografía del movimiento obrero extremeño hasta los años treinta: campesinos, sociedades obreras, huelgas y primeros de mayo | 114 |
| <i>El Obrero de la Tierra</i> y la Extremadura agraria (1932-1936) | 159 |
| Bibliografía | 207 |

PRÓLOGO

LA IMAGEN DE LOS DESPOSEÍDOS

La imagen de Extremadura es uno de los grandes asuntos del debate histórico contemporáneo sobre este territorio. Sabedora de las apretadas condiciones en las que se ha desenvuelto la vida en la región, de la pobreza y atraso a la que ha estado sometida, la opinión pública o publicada extremeña siempre ha sido, durante los últimos siglos, en especial sensible a la forma en que nos han visto forasteros y visitantes. Esa preocupación por la opinión ajena, que no es exclusiva de Extremadura, se acrecienta porque, en vez de elogios, se trata de ver expuestas las vergüenzas y porque quienes se incomodan son, aunque ilustrados, parte de la minoría privilegiada de la región que no quiere reconocerse en la realidad proyectada o que olvidó de dónde procede.

La mención al atraso de Extremadura y a alguna de sus derivadas económicas, educativas o culturales sigue levantando susceptibilidades, a veces con razón y otras sin ella. Sin llegar al despropósito de convertir en iconos identitarios de Extremadura, como pretendieron algunos opinantes foráneos, la masacre de Puerto Hurraco (1990) o la retirada de *La maja desnuda* de un escaparate de Cáceres (1975), han bastado visiones «del otro» no edulcoradas, como las fotografías sobre Deleitosa de Eugene Smith (1950) o los fotogramas sobre las Hurdes de Luis Buñuel (1933), para que más de un natural se rasgara las vestiduras y estuviera a punto de caérsele de indignación el sombrero de Montehermoso.

Sobran los sentimientos de ofensa, porque el principal nutriente de la imagen, además del prisma, es la misma materialidad que la fundamenta. Y en Extremadura esa realidad ha sido, querámoslo o no, la de miles de campesinos malviviendo, sin instrucción ni posibles, sometidos a un puñado de caciques. Trabajadores del campo subsistiendo en condiciones misérrimas —en chozas entre jarales o, en los pueblos, en casas de vecinos con varias familias alojadas—, jornales de unas pocas pesetas y grandes períodos de paro forzoso al año, un montón de bocas que alimentar y sin horizontes vitales. De ese campesinado extremeño y de su imagen, que no solo proyecta miseria sino dignidad y que construye la identidad de la región con más solvencia que los aún tan pregondos conquistadores, trata este libro.

Es el trabajo de un documentalista, aunque su autor, José Ignacio Rodríguez Hermosell (Badajoz, 1969), es un documentalista atípico. Es licenciado en Derecho por la Universidad de Sevilla y su vinculación con la documentación es de ejercicio, pues trabaja en la Unidad de Documentación de la Abogacía General de la Junta de Extremadura y anteriormente fue bibliotecario en la Biblioteca Pública del Estado “Jesús Delgado Valhondo” de Mérida y en la Biblioteca Municipal de Barcarrota. Pero es también atípico porque frente al documentalista que se limita a ordenar la información en sus soportes textuales o gráficos, que los describe pero que no suele escribir sobre ellos, él cuenta con una notable producción escrita en la que, junto al tratamiento de temas cercanos a la recopilación bibliográfica, aborda materias estrictamente históricas, propias del historiador que también es.

Así pues, aunque su formación sea jurídica, su oficio es la documentación y su principal ejercicio intelectual, el de la historia. Y es que, además de la publicación de varias obras y opúsculos de ámbito local sobre la localidad de Barcarrota (*Una bibliografía barcatorreña*, 1999; *Segunda bibliografía barcatorreña*, 2007; *Barcarrota-Bradenton, cincuenta años de una amistad*, 2012; *Noticias bajomedievales de Villanueva de Barcarrota*, 2016, y *Breve historia de Barcarrota*, 2018), Rodríguez Hermosell cuenta con notables aportaciones a la historiografía contemporánea de la región. Entre ellas destaca su magnífica monografía *Movimiento obrero en Barcarrota: José Sosa Hormigo, diputado campesino* (2005), con la que se unió a la nómina de historiadores que en los últimos lustros han indagado sobre la tremenda crónica de los años treinta del siglo XX en la región y con la que inició una línea de investigación que ha convertido el movimiento obrero en su principal preocupación historiográfica. Libros como *Vuestros y de la causa socialista. Movimiento Obrero y Casa del Pueblo de Don Benito hasta 1938*, Premio de Investigación “Santiago González” de Don Benito, publicado en 2018, o artículos tan sobresalientes como «Ugetismo obrero y burgués en una capital fronteriza: la Agrupación Socialista de Badajoz en 1936», incluido en el tercer tomo del mismo año de la *Revista de Estudios Extremeños*, hacen de José Ignacio Rodríguez Hermosell uno de los más destacados historiadores del movimiento obrero extremeño.

A esa misma línea de trabajos pertenece esta *Tierra rica y caliente. Proyección e imagen de la Extremadura rural en los años 30*, en la que el autor, con un título recogido de *La Gitanilla* de Miguel de Cervantes, recorre las imágenes de la narrativa del fracaso y de la dignidad de la clase campesina en Extremadura.

Son siete textos sobre «miradas», según la propia expresión del autor. La mirada de fotógrafos, pero también de cronistas, periodistas y escritores, de los

años 30 sobre la Extremadura rural, sobre los hombres y mujeres que formaban ese campesinado que encarna la región. Las pesquisas del documentalista e historiador en libros y periódicos de todo el mundo («exhumaciones», las llama él) le permiten ofrecernos referencias y visiones de Extremadura (artículos, entrevistas, novelas, poemas, fotografías, muchas de ellas inéditas) a través de su principal actor colectivo, el campesinado.

Aunque el autor, intencionadamente, ha huido de cualquier disciplina cronológica al ordenarlos, porque quiere ofrecérmolos tal cual fue redactándolos y porque pretende subrayar la condición de esta obra no de libro de historia sino de libro de historias, yo –más afecto a la diacronía– me permito sugerir un orden de lectura alternativo y fiel al decurso histórico que enmarca lo que relata.

Creo que la lectura del libro debe iniciarse por «Iconografía del movimiento obrero extremeño hasta los años treinta: campesinos, sociedades obreras, huelgas y primeros de mayo», que nos aproxima a la historia de las luchas obreras hasta la II República a través de un rico repertorio de fotografías. Una historia que comienza con jiras campestres, reuniones campesinas, primeros de mayo y mítines. Frente al retrato unipersonal como exponente iconográfico de la historia convencional, en este capítulo –que es uno de los más extensos– las fotografías colectivas, a veces de multitudes, expresan la distancia historiográfica de esta otra línea de investigación, que sitúa a las masas populares en el centro del relato. El campesinado suele posar manifestándose o en plena faena, casi nunca ocioso. Esta parte del libro está llena de referencias de mucho interés sobre el primer movimiento obrero de la región, que aún espera una historia de conjunto, cuyos acontecimientos de estos años (desde los sucesos de Castilblanco a la ocupación de fincas de la primavera de 1936) respuntean una crónica narrada gracias a las fotografías de la prensa.

Sirve de complemento de este primer recorrido el último texto del libro, el más extenso: «*El Obrero de la Tierra* y la Extremadura Agraria (1932-1936)», en el que el escenario donde se recogen los testimonios se reduce a un único periódico, quizá el más significativo de la prensa campesina, y la apoyatura en fotografías deja paso a la revisión en sus páginas de las menciones a braceros, campesinos y yunteros de los pueblos de Extremadura. Rodríguez Hermosell repasa sistemáticamente el contenido de este periódico –altavoz de la Federación Española de Trabajadores de la Tierra, vinculada a la UGT– desde su primer número, el 16 de enero de 1932, hasta el del 18 de julio de 1936. Ese hojeario sirve de historia sintética de los principales acontecimientos de la clase campesina extremeña en esos años.

Tras estas dos visiones de conjunto –una apoyada en imágenes y otra en noticias– propongo proseguir la lectura de este libro con el texto titulado «El idilio entre la prensa francesa de izquierda y el campo extremeño», en donde el autor se detiene en las «misteriosas fotos» tomadas para la revista comunista francesa *Regard* por el fotógrafo Chim (David Seymour) en su visita a Extremadura en abril y mayo de 1936 junto al periodista Georges Soria. No se decide Rodríguez Hermosell por ninguna de las varias hipótesis de localización de estas diecisiete fotos (¿Guareña, Santa Amalia, Don Benito?), que documenta y analiza con detalle. Entre ellas está «una de las fotografías más bellas del siglo XX», la llamada «Madre de Extremadura», en la que una mujer mira, bajo el sol, a los oradores de un mitin mientras amamanta a su criatura, y que Rodríguez Hermosell considera uno de los iconos de la historia de la región, porque resume en un instante «la vida de millones de personas a lo largo de los siglos»:

pobres trabajadores del campesinado y sus familias, habitantes de un núcleo rural cuyas vidas están absolutamente mediatizadas por la escasez, la arbitrariedad del mercado laboral y agrícola, la ignorancia como secuencia de la enorme falta de instrucción.

Finalmente, la lectura del volumen debería cerrarse con sus cuatro textos más breves, en los que el autor profundiza en esta investigación sobre la imagen del campesinado a través de localidades concretas y soportes distintos: Zorita y un romance de Rafael Alberti (1932), Campo Lugar y una historia de solidaridad obrera impulsada por el periódico *El Socialista* (1933), Majadas de Tiétar y una novela de Carlos Arconada (1934), y Barcarrota y un reportaje periodístico de Louis Ficher, acompañado de imágenes de Jay Allen (1936).

Uno de los muchos sucesos que en esos años protagoniza la Guardia Civil reprimiendo a los campesinos ocurre en Zorita, el 17 de noviembre de 1932, con un muerto y varios vecinos heridos por disparos de la fuerza armada, que se narran, a través de su rastro en la prensa, en el capítulo «El *Romance de Zorita* y la lavandera que iba a ser ingeniero». Los hechos fueron recogidos por Alberti en un romance:

Heridos de muerte caen.
Cumplen las autoridades.
Se les prometen las tierras
Y en tierra van a dejarles
(...)

«Nochebuena en Campolugar (*El Socialista*, diciembre de 1933)» se redacta a partir de una campaña de solidaridad iniciada por el periódico madrileño en favor de un campesino de esa localidad cacereña, que se negó a vender su voto por 50 duros y recibió de sus correligionarios en compensación 1.441 pesetas.

«*Reparto de tierras* junto al Tiétar: el naturalismo de Arconada sobre los campesinos del nordeste cacereño» es el título de otro de los apartados del libro en el que el soporte lo da esa novela situada en un imaginario pueblo extremeño, Robledillo del Tiétar, pero en el que sus personajes y lo que les ocurre son tan reales como los campesinos de cualquier localidad extremeña y sus padecimientos.

Finalmente, «Louis Fischer, Jay Allen y los yunteros de Barcarrota (abril de 1936)» sigue los comentarios y textos escritos por el periodista norteamericano Fischer en su viaje por la España campesina. Rodríguez Hermosell ha indagado en muchas hemerotecas y ha conseguido textos de varios países relacionados con la reforma agraria y con la situación del campo extremeño en la primavera de 1936.

Poesía, periodismo, novela o fotografía son los apoyos donde rastrea el autor para ofrecernos este retablo de la imagen que el campesinado extremeño proyecta en estos años. Cada uno de esos recursos son apenas excusas para hilvanar un relato donde en ocasiones se mezclan referencias a otras historias. Así, antes de escribir sobre la novela del comunista César Muñoz Arconada, el autor nos refiere a otro escritor comunista, Iliá Ehrenburg, que en 1932 publica *España. República de trabajadores*, con un capítulo dedicado a Extremadura. O, como introducción de la historia de solidaridad en Campo Lugar, nos habla de la Fundación Rockefeller y de la campaña antipalúdica de lucha contra la malaria en varios pueblos de Cáceres. O, como complemento de los tiros de Zorita, cuenta la historia de Basilisa Fuentes Jiménez, una vecina de 22 años que, de no saber leer, pasó a ser bachiller con matrícula y se trasladó a Madrid en 1935 para estudiar una carrera.

La diversidad de lugares y soportes cumple dos de los propósitos que el libro anunciaba en el «Prólogo». Por un lado, dedicarle atención a «la contribución que cada pueblo y ciudad de la región presta a la identidad colectiva» y, por otro, diversificar los retratos —no solo fotográficos, sino poéticos, narrativos, periodísticos— que los foráneos hicieron del campesinado extremeño durante los años treinta del siglo XX.

En definitiva, *Tierra rica y caliente. Proyección e imagen de la Extremadura rural en los años 30* es un libro de gran interés, más descriptivo que analítico, con muchas referencias de valor para la crónica de Extremadura, y tras el cual

hay un magnífico trabajo de documentación. Siete historias, y otras entrelazadas, vinculadas entre sí todas ellas por la imagen y por la proyección del campesinado extremeño del final del primer tercio del siglo XX a través de la fotografía, de la literatura y de la prensa. Un libro muy importante sobre la imagen de los desposeídos y sobre la identidad de Extremadura.

José María Lama
Historiador

INTRODUCCIÓN

PARA TODOS TIENE LA VIDA UNA MIRADA

La célula madre de este estudio de años es un conjunto de miradas. Se encuentran plasmadas en la famosa fotografía de Chim / David Seymour que se ha venido en llamar “la madre de Extremadura” (fig. 1), porque el tema central de la misma es una lactante que, con su hijo agarrado al pecho y su vista hacia la luz solar cegadora, asiste junto a otros individuos de su condición social (pobres trabajadores del campesinado y sus familias, habitantes de un núcleo rural cuyas vidas están absolutamente mediatizadas por la escasez, la arbitrariedad del mercado laboral y agrícola, la ignorancia como consecuencia de la enorme falta de instrucción) a un mitin de propaganda congregado en algún punto de nuestra geografía extremeña por la primavera de 1936 y enmarcado en la transformación social que supone la Reforma Agraria en la España de los años treinta. El fotógrafo polaco atrapó, como los buenos retratistas del alma humana y lo esencial, la existencia de gentes sencillas sin un lugar aparentemente importante en la Historia. Más allá de los



Fig. 1.

usos publicitarios o involuntariamente derivados de esta imagen (fue publicada originalmente en el semanario comunista francés *Regards*, o sea, *Miradas*), Chim vino a resumir con su tiempo congelado la vida de millones de personas a lo largo de los siglos.

Y esa vida es la de la pobreza secular de Extremadura, la que abarca a una muy mayoritaria parte de la población extremeña, parcialmente simbolizada por los yunteros, sus familias y entramado social. La carencia de medios materiales y desarrollo económico y formativo ha sido una triste seña de identidad. Porque las miradas que registra Chim en esa concreta fotografía son de desesperanza, curiosidad, anhelo de justicia,

incapacidad, utopía, inocencia. Las expresiones faciales de varias niñas y adolescentes que rodean a la madre compendian todas las frustraciones de generaciones malgastadas y humilladas. Quizás porque sabemos su final, la Guerra Civil y el Franquismo, no hay éxito posible en las aspiraciones de superación de la clase obrera oprimida, no hay vehículo reformista o revolucionario que la lleve a un mejor futuro. Las miradas de estas jóvenes son el símbolo de un *sueño obrerista* malogrado, descarrilado desde su credo marxista; ahogado por las dinámicas de desacuerdo, odio e involución de la Europa de entreguerras.

Pero, más allá de ese fracaso, hay una narrativa (relato, dicen ahora) de la dignidad, la supervivencia y la liberación como clase social, como grupo humano sobre un territorio –Extremadura–; las imágenes después de muchas décadas devuelven el nombre y el orgullo a niñas cuya vida desconocemos enteramente, si es que tuvo alguna continuidad. Como la del bebé que mama. Pero han *revivido*. Han vuelto para decir que toda vida merece la pena; la más sencilla como la más elevada y sofisticada. Nos vienen a recordar que tienen su lugar en la Historia. Lo antropológico, lo social, lo real, emergen de las aguas empantanadas de la historiografía artificial y rigurosamente marcada.

Y a estas miradas han sucedido otras, u otras figuras que apenas miran pero sí que están de pie, ante la cámara fotográfica, detenidas en busca de una expresión de relevancia que las fuerzas del *establishment* les negaban. Seres en lucha o en guardia, reivindicando y celebrando logros cosechados, multitudes que significan ya de forma autónoma en el mundo contemporáneo, en el camino empedrado de la libertad. Imágenes e impresiones, es verdad, que han estado muy silenciadas y ocultas, solapadas o profundamente enterradas. Por ello, el narrador en mi interior se ha querido ocupar de ellas, atareado en exhumaciones para muchos inservibles, en horas de rastreos solitarios y laberínticos. “Como todos los jóvenes, yo vine a llevarme la vida por delante”; aquellas de 1936 y los nacidos en décadas posteriores. Ahora que yo mismo empiezo a comprender que la vida iba en serio, no es mal momento de darles voz, atención, cuidado, rescate. Quizás Jaime Gil de Biedma no tiene razón, y envejecer o morir no es el único argumento de la obra. Los anónimos retratados, inmortalizados (también descritos en la prensa internacional o en obras documentales y de ficción de autores comprometidos políticamente), han alcanzado una dimensión nueva. Los miran estudiosos en siglos posteriores. Los recuerdan con afecto extremeños de ahora, que los reconocen antepasados y referentes. Aquellos protagonistas tardíos, póstumos, son también nuevos nombres que fundamentan el pasado de esas distantes poblaciones de la rala tierra extremeña; lugares de historia autóctona, elementos múltiples que conforman la general de Extremadura. Y ése es también otro propósito latente del tra-

bajo, prestarle la suficiente atención a la contribución que cada pueblo y ciudad de la región presta a la identidad colectiva; una realidad geopolítica y social en cuya constitución han participado decenas o cientos de localidades, agrupadas en comarcas con caracteres propios. Sin ánimo totalizador, consciente de que nada está nunca final o completamente escrito, podemos sentir que estamos ante una historia real, íntimamente social, de conjunto.

En definitiva, este ramillete de textos va de miradas: las que podemos tener los espectadores en la tercera década del siglo XXI, las que tuvieron los cronistas y fotógrafos (particularmente foráneos, extraños a la idiosincrasia propia de los de aquí) de los años treinta del siglo XX, las que tenían quienes miraban al objetivo o se prestaban al interrogatorio de periodistas extranjeros. Va por tanto de puntos de vista, de ópticas subjetivas y de opiniones condicionadas por el hambre, la escasez, la injusticia y la extensión de las ideologías. Va de microhistorias, pero más allá de la historiografía y el análisis de datos y conocimientos teóricos y la ventaja de saber perfectamente cuáles fueron los resultados y sus causas. Este estudio va de personas reales que vivieron, sufrieron y lucharon. Me permitirá Cesare Pavese que le retuerza el sentido de su gran poema, o que se lo complemente, y crea que puede haber algo positivo, esperanzador y oculto en lo que gravemente afirma: “para todos tiene la muerte una mirada”.